

exarca y temiendo además el legítimo resentimiento del emperador, invocó el auxilio de Cárlos Martell jefe de los Francos, ocupado entonces contra los árabes, cuyas tribus victoriosas llamadas á España por la traicion del conde D. Julian y del arzobispo de Sevilla, D. Opas, amenazaban el Mediodia de la Gاليا. Cárlos no pudo menos que prometer su auxilio; pero despues de su muerte, los Lombardos, descendiendo de la Germania, se habian enseñoreado de todo el exarcado y casi de Roma. Pepino y despues Carlomagno, fueron á Italia á cumplir la promesa de su padre y abuelo, y en el reinado de los débiles sucesores de estos tres hombres fuertes, fué cuando la soberanía temporal del obispo de Roma, tan vivamente y por tantos siglos deseada, pasó poco á poco del campo de las aspiraciones personales al terreno positivo de los hechos.

§ IV.

DONACION DE PEPINO.

Si no estuviere admitido hace mucho tiempo bajo la palabra de los casuistas y de los teólogos de todos colores, que han tenido el maligno placer de trastornar en sus obras todas las reglas conocidas de lo justo y de lo injusto, que el hombre es un animal de dos pies, cuya posesion y explotacion pertenece eternamente á aquellas que disponen de la fuerza, me asombraría mucho, Illmos. Sres., al ver que entre el gran número de pastores de todas clases que se han arrogado el derecho de apacentar el rebaño humano, no háy uno solo que alguna vez haya tenido este dere-

cho con el consentimiento libre de los pueblos que ha gobernado.

Por tanto, si me es permitida una humilde reflexión, sin recurrir á los libros sagrados, á cuyo márgen habeis escrito poco mas ó menos lo mismo que el tribunal de la consulta ha escrito al márgen de la regla de los Teatinos, me parece (salva siempre vuestra aprobacion) que si el Soberano Dios del cielo y de la tierra no ha criado á los reyes para devorar la especie humana, tampoco ha criado á los sacerdotes para uncirnos al carro de los tiranos, y para dar al mundo el ejemplo de la bajeza, del orgullo, de la perfidia, de la avaricia, de la relajacion y de la mentira. Si ha formado el universo, es para publicar su poder; y si ha colocado en él á los hombres, es para que se ayuden y se amen mutuamente y para que alcancen la felicidad con la práctica de las virtudes.

Siendo esto así, y hasta que se me pruebe lo contrario, tengo el derecho de creerme en buen camino; puedo en rigor comprender, condenándola, la explotación sacrílega de un hombre por otro hombre, sobre todo cuando esta explotación, resultado de la fuerza, impone á la debilidad los innumerables caprichos de su voluntad omnipotente. Aquí, cuando ménos, ha habido en el pasado un momento de rábida indecible; el débil ha estado frente á frente del fuerte; su acero ha podido morder el de su enemigo, y si ha sucumbido en esta lucha desigual, le queda por última satisfaccion la esperanza de vengarse; y para alcanzar es-

te fin supremo de una vida que ya no le pertenece, tiene que elegir entre el puñal que cortó los dias de Hipias y la sentencia que arrojó la cabeza de Luis XVI al canasto de Charlot. ¿Y qué diremos del Engaño, que hizo alianza con la fuerza para sorprender la credulidad de los sencillos y emprendió matar la inteligencia para enseñorearse mejor de la especie humana?

Yugo por yugo, es cien veces preferible el de la fuerza. En el fondo es acaso la misma lógica, pero las consecuencias son muy diferentes, y como entre dos males igualmente ciertos, de los que uno se puede evitar, la sabiduría aconseja escojer el menor, no os admirará si prefiero la brutalidad que se impone á la astucia que degrada, para embrutecer con mas facilidad á los que desespera poder convencer con sus capciosos ratiocinios. Hago tal vez mal hablando de esta manera; ¿pero qué hacer? El espíritu, aun cuando no se quiera, obra acosado por el aguijon del pensamiento; solo lo verdadero parece verdadero, y por mas que el papa Pio II nos atruene los oidos diciendo que el poder temporal de los sucesores de San Pedro ha sido predicho entre los judíos por el profeta Jeremías, temo mucho que esta nueva pretension sea de igual naturaleza que otras muchas, y que la trémula voz del pontífice desaparezca al ruido de las palabras sonoras del cardenal Piccolomini. (1)

(1) En su obra: *interpretaciones de los papas acomodadas á su interes.*

Es cierto que á pesar de este axioma inventado por uno que en sus ratos de buen humor sentia la necesidad de burlarse de las debilidades humanas, *querer es poder*, es una fortuna hacer prosaicamente lo que se puede. Entre estos dos medios de llegar al mismo fin y de fundar esta monarquía temporal de la Iglesia, cuyas bases me asombra haya olvidado dejarnos el divino Redentor en su famosa alocucion de la montaña, la conducta seguida por los papas ha sido una consecuencia mas bien de las necesidades del papado, que de la voluntad personal de los soberanos pontífices. Es verdad que ese siglo fué el de las empresas audaces, y sin embargo, es necesario ser justo: ¿podia el padre comun de los fieles tan solo por estar armado de una doble espada, podia, répito, como un simple caballero, herir en lo mas vivo de la humanidad, y formarse con lanza en ristre un reino liliputiense que representase en miniatura las felicidades que esperan al justo en el de los cielos? No, indudablemente, y esta es su excusa á los ojos de los ultramontanos, que no han perdido enteramente el sentido comun.

¿O bien debia, como un pobre hidalgo desheredado, emboscarse en los caminos de la Campania ó de los lagos Pontinios, y esperar del tiempo, que todo lo purifica, la consagracion de un poder, que no resistiria las exigencias de un análisis un tanto decente? Mucho menos, y creo que todos estamos de acuerdo en esto.

¿Qué podria entonces? Nada, ó á lo menos casi nada: tendria que ponerse como un cazador, en asecho de las necesidades; se veria obligado á adoptar la máscara de las circunstancias y disimular las tendencias invariables de una política sin igual, ya bajo la terrible piel de un leon, ya bajo la modesta, pero mas terrible de un zorra.

Hé aquí, señores, todo el secreto de estas famosas donaciones con que la corte de Roma hizo en otro tiempo tanto ruido y que se guarda muy bien de hacer valer hoy. Esta diferencia entre las necesidades presentes y las pasadas, se esplica perfectamente con una sola palabra: entonces queria *ser*, ahora *es*. Todo lo que sobre esta materia se ha escrito doce siglos despues, está reducido á convertir en hechos las consecuencias que lógicamente deben deducirse de estos dos tiempos de un mismo verbo.

He hablado ya de la donacion atribuida falsamente á Constantino, y no he ocultado ninguna de las razones que han servido de apoyo á los críticos de todas las comuniones, para rechazar una acta que los abogados de la santa sede han exaltado durante tantos siglos, como la espresion mas sincera de la pureza de sentimientos de un emperador, que ha sido juzgado digno de la canonizacion, á pesar de haber muerto en los brazos de un obispo arriano. Notad que no hablo aquí de esa larga série de crímenes de que se hizo reo para satisfacer su ambicion ó sus venganzas personales: por criminal que haya sido, el

verdadero cristianismo tiene siempre abiertas sus puertas al arrepentimiento, y cuando el Dante quiso erigir un monumento á su odio, en las puertas del infierno fué donde escribió su terrible anatema. [1] Esta acta, como ya lo he dicho, es considerada hoy como la obra de la impostura del siglo IX, y sucede lo mismo con las atribuidas á Pepino, rey de los Francos y al emperador Carlomagno. Voy á esponer las razones en que se fundan los críticos para acusar á la santa sede de semejante infamia: vuestras señorías, mas que nadie, despues de leerlas, comprenderán mejor toda la gravedad de esta acusacion.

El primero de aquellos príncipes, dicen estos, antes de encerrar en un monasterio al imbécil Hilderico III y de ceñirse la corona de los Merovingianos, habia enviado comisionados al papa Zacarías para saber su opinion sobre la traicion que meditaba y no fué sino despues de obtener su respuesta cuando puso un cláustro entre el heredero de Clovis y la corona que iba á usurpar. Es pues, cierto, que el usurpador estaba hasta cierto punto obligado al papa, y que si la donacion de que nos ocupamos tuvo lugar inmediatamente despues, tenemos derecho de considerarla como la justa retribucion de un servicio prestado, como un cambio de recíprocos cumplimientos, como la particion de una presa, entre dos caballeros que mutuamente se ceden, lo que nunca les ha pertenecido.

(1) *Lasciate ogni speranza voy ch' intrati.* Dejad antes de entrar toda esperanza. N. T.

Pero cuando Estevan III, sucesor de Zacarías, vino á Francia á echarse á los piés de este mismo Pepino, implorando su socorro contra los Lombardos, cuyo rey amenazaba á la ciudad eterna, es igualmente cierto que en esta circunstancia el papa tenia mas necesidad de Pepino, que este de aquel; y si en un hecho tan grave, á pesar de no interesar ni al dogma ni á la disciplina de la Iglesia, nos es permitido abandonarnos un instante á las luces de nuestra débil razon, convendreis conmigo, señores, en que no es verosímil que un hombre como Pepino, que habia destronado á su rey, haya pasado los Alpes con su ejército para ir á Italia á hacer regalos al papa. Lo mas favorable que ocurre decir es que el príncipe Franco permitió á su huésped mientras estuvo en Francia, ejercer actos de Soberanía, en los que una crítica juiciosa ha hecho despues considerables rebajas; pero aun en este caso seria necesario que tales actos estuviesen en el fondo, de acuerdo con la política personal del usurpador. Es cierto que en esta ocasion el papa y el soldado se entendieron perfectamente. El primero, por ejemplo, despues de colocar solemnemente la corona en la cabeza de Pepino, prohibió á la Francia bajo pena de excomunion, reconocer reyes de otra raza, y esta prohibicion le daba la apariencia de poseer, si puedo esplicarme así, el derecho de dar la ley á esta vieja tierra de los Gaulas, á donde habia venido suplicante buscando hospitalidad.

El segundo, para consolidar una usurpacion vaci-

lante, inclinó su soberbia cabeza ante el ministro de la Iglesia, constituyéndose este voluntariamente su cómplice; y al aceptar aquel la corona de sus manos, le fué preciso reconocer en él el derecho de disponer de ella y su fatal ambicion zanjó los primeros cimientos de un poder de que mas tarde se servirian los obispos de Roma para trastornar el mundo, levantando unos contra otros á los pueblos que no comprendian los motivos de esta guerra.

Solamente se olvidó hacer constar en una carta los derechos de aquel que en último resultado paga con su sudor y con su sangre las querellas de los grandes de la tierra; pero estos sacerdotes y estos soldados tenían mucho que hacer, para perder el tiempo, ocupándose de los intereses de los otros. Por entonces no se trataba mas que de sus prerogativas ó de sus venganzas, lo demas podría venir mas tarde, si quedaba tiempo para ello: y si os dignais pasar por un instante vuestra vista sobre lo que pasa en torno vuestro, hace dos años y medio, comprendereis sin mas esplicaciones, Illmos. Sres., por qué desde que se alzó la cruz en el Calvario hasta hoy, la sangre y la sustancia de los pueblos han sido constantemente sacrificados en defensa de los intereses reunidos del clero y del ejército.

Pepino pasó por la primera vez los Alpes en 754; y si hemos de dar crédito á los escritores eclesiásticos, los Lombardos se intimidaron tanto con su presencia, que se apresuraron á comprar la paz, cediendo al pa-

pa el exarcado de Ravena, del que acababan de arrojar al representante de los Emperadores de Oriente. Ignoro, señores, lo que habrá de cierto en esta nueva pretension de la Iglesia de Roma: la marcha de estos tiempos bárbaros era tan irregular, que se podría buenamente dudar de que para desembarazarse de las importunidades de un cómplice, el príncipe Franco haya en efecto dado al papa un país que no le pertenecía, y que haya al mismo tiempo hecho esta singular donacion, sin tomar sus medidas para hacerla ejecutar; pero en el supuesto de que se haya esta verificado, no debe haber sido muy formal, puesto que apenas habia Pepino repasado los montes, cuando ya los Lombardos tomaban la ofensiva, y lejos de consentir en ceder á Ravena, su rey fué inmediatamente á poner el sitio delante de la misma Roma. Fué necesario por segunda vez recurrir al extranjero; pero el papa no contaba sino á medias con la buena voluntad de un príncipe que ya no lo necesitaba, y para decidirlo juzgó prudente interesar al cielo en la afliccion de la santa sede. Con este fin, supuso una carta de San Pedro dirigida desde el paraíso á Pepino y sus hijos; y como este documento merece ser conservado, os lo transcribo, señores, sin comentarios, y únicamente para haceros comprender mejor los caracteres de grosero artificio que dominaba en aquella época de decadencia general.

“Pedro, apóstol llamado por Jesucristo, hijo de
“Dios vivo, &c. Como para mí la Iglesia católica,

“apostólica, romana, madre de todas las otras Iglesias, está fundada sobre la piedra, y Estévan es obispo de esta dulce Iglesia romana; y á fin de que la gracia y la virtud sean plenamente concedidas por el Señor Nuestro Dios, para sustraer á su Iglesia de las manos de sus perseguidores: á vosotros, excelentes reyes Pepino, Cárlos y Carloman, y á todos los santos obispos, abades, clérigos y monges, y también á los duques, condes y pueblos, yo, Pedro apóstol, os conjuro y la Virgen María, que os quedará reconocida, os advierte y manda, así como también los tronos, las dominaciones y las potestades, los querubines, ángeles y arcángeles, que si no combatis por mí, os declaro en nombre de la Trinidad y por mi apostolado, no tendreis jamas parte en el paraíso.”

Esta carta produjo su efecto: Pepino pasó los Alpes por segunda vez; fué lo menos que pudo hacer para agradar á San Pedro. Puso sitio á Pavia é hizo aun la paz con Astolfo. ¿Pero es probable, agregan los críticos, que haya pasado dos veces los montes, solo para establecer el poder temporal del papa Estévan? En este caso, ¿por qué San Pedro no habla en su carta de un hecho tan importante? ¿Por qué, si Pepino ha dado realmente á la Iglesia el exarcado durante el año anterior, esta no se ha quejado al mismo Pepino de la falta de cumplimiento en este tratado? ¿Por qué, finalmente, no se ha pedido su estricta y leal ejecucion?

Todas estas cuestiones, es preciso confesarlo, no carecen absolutamente de lógica y los enemigos de la santa sede triunfan con el auxilio de las dificultades que presentan cuando se las quiere poner de acuerdo con las pretensiones de la Iglesia de Roma. Si para atacar su malevolencia aun en sus últimos atrincheramientos, se les dice que un escritor llamado Anastasio ha tenido en sus manos el original de esta famosa donacion, responden que Anastasio es el único historiador que ha tenido esta dicha; que escribia ciento cuarenta años despues del acontecimiento y que ha podido engañarse á su pesar por un documento supuesto. En fin, si para mayor seguridad se agrega que este Anastasio fué toda su vida bibliotecario de los papas y que sus funciones de tal debian facilitarle lo que otros historiadores no han obtenido sino raras veces, entonces no faltará quien alzando la espalda os responda con este axioma conocido del derecho romano: *Ys fecit cui prodest.* (1) Si pues me creis, Illmos. Sres., colocaremos, hasta tener mejores datos, esta segunda donacion, en el país de las quimeras, al lado de la del emperador Constantino, y pasaremos de plano á ocuparnos de la de Carlomagno, para ver si encontramos en ella las señales de autenticidad que en vano hemos buscado en las dos donaciones precedentes.

(1) Cometió la falta el que tiene interes en cometerla.